



ADORACIÓN NOCTURNA ESPAÑOLA

CONSEJO DIOCESANO DE MADRID
BOLETÍN ARCHIDIOCESANO

Septiembre 2016 n.º 1.347



1 | Editorial

2 | De nuestra vida

2 | Inauguración del curso adorador

3 | Inauguración Turno 73

4 | Día de la Familia Adoradora

5 | Apostolado de la Oración

5 | Necrológicas

6 | Año de la Misericordia

8 | De La Lámpara

11 | Calendario litúrgico

13 | Rincón poético

14 | Tema de Reflexión

16 | Catequesis

18 | Testimonio

20 | Catecismo de la Iglesia Católica

22 | Ave María Purísima

27 | Calendario de Vigilias

29 | Cultos en la Capilla de la Sede

29 | Rezo del Manual



Portada:

Curación del paralítico

Bartolomé Esteban Murillo (1617-1682)

Edita: ADORACIÓN NOCTURNA ESPAÑOLA
CONSEJO DIOCESANO DE MADRID.

Domicilio: C/ Barco, 29, 1.º

28004 Madrid

Tel. y Fax: 915 226 938

anemadrid1877@gmail.com

www.ane-madrid.es

Redacción: J. Alcalá, A. Caracuel, A. Blanco, F. Garrido.

Diseño, maquetación e impresión: Gráficas Arias Montano, S.A.

Depósito Legal: M-7548-2011

Un nuevo curso

«Invito a todos a un decidido empeño por dar nueva vitalidad a la devoción eucarística, que vaya acompañada con una creciente formación cristiana, sólidamente fundada en la Sagrada Escritura» (Juan Pablo II a la Adoración Nocturna Española)

Aunque a los efectos fundamentales, es decir, a la celebración mensual de la vigilia, no existe interrupción alguna y por tanto no procede aplicarle lo que entendemos por curso (9 ó 10 meses del año) sin embargo, para otras actividades, que no por ser complementarias resultan menos importantes, sí aplicamos el concepto de curso y dentro de este periodo de tiempo las llevamos a cabo, tal es el caso del Pleno del Consejo Diocesano, la Asamblea, los Encuentros Eucarísticos, las sesiones de formación para responsables, las charlas de iniciación para nuevos adoradores, los encuentros con los Directores Espirituales, etc., todas ellas tendentes a la formación, tan necesaria hoy, y a la que nos alienta el Papa.

Ya, desde ahora, con todo interés y entusiasmo, os pedimos, encarecidamente, al inicio de este curso pastoral 2016-2017, que en parte coincide con el AÑO DE LA MISERICORDIA y que los adoradores estamos celebrando de forma especial, a que participéis, activamente, en cuantas acciones formativas, apostólicas, culturales, etc. se organicen y celebren. Todo ello redundará en el aumento y extensión del culto eucarístico.

Seamos apóstoles de la Eucaristía, Jesús nos espera en el sagrario y nos llama: «Venid a mi todos los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviaré» (Mt 11,28). No dejemos de acudir. ■



Solemne inauguración del curso adorador y vigilia de San Pascual Bailón



El próximo día 17 de septiembre de 2016, a las 22:00 horas, tendrá lugar en la Parroquia de Nuestra Señora del Buen Consejo (Colegiata de San Isidro) calle Toledo 37, la Solemne Vigilia con la que inauguraremos el curso Adorador. Os convocamos a todos los adoradores de Madrid a que participéis activamente en esta Vigilia, con vuestra asistencia y oración intensa.

La actividad de la Adoración Nocturna, en su forma más importante, que son las Vigilias mensuales, no se interrumpe nunca. La mayoría de los turnos y secciones siguen celebrando sus

vigilias mensuales durante los meses de junio y julio.

Queremos nuevamente recibir el nuevo período de actividad después de las vacaciones, celebrando esta vigilia solemne de adoración en honor de nuestro santo patrón, san Pascual Bailón.

En la Vigilia de Espigas con la que despedíamos el curso Adorador, dábamos gracias por los frutos que el Señor nos había regalado. Que esta vigilia inaugural sea ocasión para rogar a Dios desde el corazón, y por intercesión de san Pascual Bailón, que nos siga bendiciendo. ■

¡OS ESPERAMOS A TODOS!



Inauguración del turno 73 nuestra señora de la merced

El próximo día 1 de octubre de 2016, a las 21:00 horas, tendrá lugar la vigilia inaugural del turno 73 de la Sección de Madrid, que ha celebrado sus vigili- as de preparación en la parroquia de Nuestra Señora de la Merced, calle Corregidor Juan Francisco de Luján, 101.

Los adoradores de este turno han venido preparándose durante largo tiempo acompañados de los monitores del Consejo Diocesano, Ramón Contreras, y José Carlos Sánchez del Río.

Los días 29 y 30 de septiembre tendrán lugar las conferencias preparatorias que, en esta ocasión y bajo los títulos «Historia y Símbolos de la Adoración Nocturna Española» y «Espiritualidad de la Adoración Nocturna Española», impartirán D. Jesús Alcalá Recuero y D. Manuel Polo Casado, Director Espi-

ritual del Consejo Diocesano de Madrid, respectivamente. Estas charlas comenzarán después de la misa vespertina, en torno a las 20:00 horas.

Es una gran alegría para el Consejo Diocesano de Madrid que queremos compartir con todos los adoradores, por lo que os invitamos a todos a participar en esta vigilia. ■



RECORDAD:

VIGILIA DE INAUGURACIÓN DEL TURNO 73

Parroquia de Nuestra Señora de la Merced
Calle Corregidor Juan Francisco de Luján, 101

Medios de Transporte:
Autobús: líneas, 8, 20, 30, 71 y 100
Metro: línea 9, estación Artilleros
Día 1 de octubre de 2016, 21:00 horas

OS ESPERAMOS A TODOS



Día de la familia adoradora



Cada año, con el comienzo de la actividad normal después de las vacaciones de verano, el Consejo Diocesano organiza una jornada que pretende ser de oración y convivencia, un día en el que compartir con el resto de los adoradores la ilusión y el agradecimiento por el nuevo curso que comienza; Un día para sentirnos familia.

La elección del lugar en el que se celebra esta jornada siempre resulta difícil. Buscar un lugar no muy alejado de Madrid, para que el viaje no se haga largo, un lugar en el que se pueda visitar algún monumento o exposición, o donde se celebre alguna efeméride significativa para la Iglesia y la Adoración Nocturna... En estos años hemos visitado lugares muy variados, Torrehermosa, Ávila, Dueñas...

En la elección del lugar para este año ha pesado como criterio fundamental la cercanía a Madrid lo que nos va a permitir salir a una hora no demasiado temprana

y hacer un recorrido cómodo en autobús. De este modo, tendremos tiempo para celebrar la Eucaristía, hacer algunas visitas culturales, comer con tranquilidad y regresar a Madrid en la tarde, habiendo disfrutado del día, de la oración y contemplación y de la convivencia.

Este año, el día de la familia adoradora se celebrará el sábado 24 de septiembre de 2016 y visitaremos la ciudad de Segovia.

La mayoría conocemos Segovia muy bien, al menos en los lugares más emblemáticos. Sin embargo es una ciudad que puede llegar a sorprendernos, con sus iglesias románicas, su judería y sus lugares de marcada espiritualidad como el convento de los Padres Carmelitas donde se encuentran los restos mortales de san Juan de la Cruz.

Procuraremos que nos acompañe un guía experimentado que será capaz de mostrarnos en un cómodo paseo, lu-



gares, quizá menos conocidos, pero sin duda interesantes.

Oración y convivencia en un marco inigualable. ¿Quién se puede resistir?

El programa de la jornada es el siguiente:

8:30 horas – Salida desde Madrid, Paseo de Moret

10:00 horas – Llegada a Segovia

11:00 horas – Celebración de la Eucaristía en el Convento de San Juan de la Cruz (PP. Carmelitas)

12:00 horas – Visita de la ciudad (Fábrica de la moneda de Segovia, Vera

Cruz, Iglesia de San Justo, Iglesia de San Clemente...)

14:30 horas – Comida en un restaurante de la ciudad

16:00 horas – Descanso. Tiempo Libre

18:00 horas – Vísperas en la Iglesia de Adoración Eucarística de la Judería de Segovia

19:30 horas – Regreso a Madrid

El coste de la actividad es de 40€ que incluye desplazamientos en autobús, comida y entrada a las visitas.

Los interesados pueden reservar su plaza llamando al Consejo Diocesano antes del día 19 de septiembre. ■

OS ESPERAMOS A TODOS

Apostolado de la oración

Intenciones del Papa para el mes
de septiembre 2016

Universal:

Para una sociedad más humana

Para que cada uno contribuya al bien común y a la construcción de una sociedad que ponga al centro la persona humana.

Por la Evangelización:

La misión evangelizadora de los cristianos

Para que los cristianos, participando en los Sacramentos y meditando la Sagrada Escritura lleguen a ser siempre más conscientes de su misión evangelizadora. ■



Catequesis sobre la misericordia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hablando de la misericordia divina, hemos recordado en más de una ocasión la figura del padre de familia, que ama a sus hijos, les ayuda, se ocupa de ellos, los perdona. Y como padre, los educa y los corrige cuando se equivocan, favoreciendo su crecimiento en el bien.

Así se presenta a Dios en el primer capítulo del profeta Isaías, donde el Señor, como padre afectuoso pero también atento y severo, se dirige a Israel acusándolo de infidelidad y corrupción, para llevarlo nuevamente por el camino de la justicia. Inicia así nuestro texto:

«Oíd, cielos, escucha, tierra, que habla el Señor:
“Hijos crié y saqué adelante, y ellos se rebelaron contra mí. Conoce el buey a su dueño y el asno el pesebre de su amo. Israel no conoce, mi pueblo no discierne” (1, 2-3).

Dios, mediante el profeta, habla al pueblo con la amargura de un padre desilusionado: crió a sus hijos, y ahora ellos se rebelaron contra Él. Hasta los animales son fieles a su dueño y reconocen la mano que los nutre; el pueblo, en cambio, ya no reconoce a Dios, no quiere comprender. Incluso herido, Dios deja que hable el amor, y hace un llamamiento a la conciencia de estos hijos que se han desviado para que se conviertan y permitan ser amados de nuevo. ¡Esto es lo que hace Dios! Viene a nuestro encuentro para que nos dejemos amar por Él, por nuestro Dios.

La relación padre-hijo, a la que con frecuencia hacen referencia los profetas para hablar de la relación de alianza entre Dios y su pueblo, se ha desnaturalizado. La misión educativa de los padres se orienta a hacer que crezcan en la libertad, que sean responsables, capaces de realizar obras de bien para sí y para los demás. En cambio, a causa del pecado, la libertad se convierte en pretensión de autonomía, pretensión de orgullo, y el orgullo lleva a la contraposición y a la ilusión de autosuficiencia.

He aquí, entonces, que Dios vuelve a llamar a su pueblo: «Os habéis equivocado de camino». Afectuosa y amargamente dice «mi» pueblo. Dios nunca reniega de nosotros; nosotros somos su pueblo, el más malo de los hombres, la más mala de las mujeres, los más malos de los pueblos son sus hijos. Y este es Dios: ¡jamás, jamás reniega de nosotros! Dice siempre: «Hijo, ven». Y este es el amor de nuestro Padre; esta es la misericordia de Dios. Tener un padre así nos da esperanza, nos da confianza. Esta pertenencia debería ser vivida en la confianza y en la obediencia, con la conciencia de que todo es don que viene del amor del Padre. Y, en cambio, he aquí la vanidad, la necedad y la idolatría.

Por ello, ahora el profeta se dirige directamente a este pueblo con palabras severas para ayudarlo a comprender la gravedad de su culpa:

«¡Ay, gente pecadora [...] hijo de perdición! Han dejado al Señor,



han despreciado al Santo de Israel, se han vuelto de espaldas» (v. 4).

La consecuencia del pecado es un estado de sufrimiento, del cual también sufre las consecuencias el país, devastado y desolado como un desierto, al punto que Sión —es decir Jerusalén— llega a ser inhabitable. Donde hay rechazo de Dios, de su paternidad, ya no hay vida posible, la existencia pierde sus raíces, todo se presenta pervertido y aniquilado. Sin embargo, también este momento doloroso se da con vistas a la salvación. La prueba se presenta para que el pueblo pueda experimentar la amargura de quien abandona a Dios, y, así, confrontarse con el vacío desolador de una elección de muerte. El sufrimiento, consecuencia inevitable de una decisión autodestructiva, debe hacer reflexionar al pecador para abrirlo a la conversión y al perdón.

Y este es el camino de la misericordia divina: Dios no nos trata según nuestras culpas (cf. Sal 103, 10). El castigo se convierte en instrumento para provocar la reflexión. Se comprende así que Dios perdona a su pueblo, lo dispensa y no destruye todo, sino que deja siempre abierta la puerta a la esperanza. La salvación implica la decisión de escuchar y dejarse convertir, pero es siempre don gratuito. Así, pues, el Señor, en su misericordia, indica un camino que no es el de los sacrificios rituales, sino más bien el de la justicia. El culto es criticado no por ser inútil en sí mismo, sino porque, en lugar de expresar la conversión, pretende sustituirla; y se convierte de ese modo en búsqueda de la propia justicia, creando la engañosa convicción de que son los sacrificios los que salvan, no la misericordia divina que perdona el pecado. Para entenderlo bien: cuando uno está enfermo va al médico; cuando uno se siente pecador va al Señor. Pero si en lugar de ir

al médico, va a ver a un brujo no se cura. Muchas veces no vamos al Señor, sino que preferimos ir por caminos equivocados, buscando fuera de Él una justificación, justicia, paz. A Dios, dice el profeta Isaías, no le gusta la sangre de toros y de corderos (v. 11), sobre todo si la ofrenda se hizo con manos sucias de la sangre de los hermanos (v. 15). Pienso en algunos bienhechores de la Iglesia que vienen con su limosna —«Tome para la Iglesia este donativo»— que es fruto de la sangre de mucha gente explotada, maltratada y esclavizada con el trabajo mal pagado. A esta gente le digo: «Por favor, llévate tu cheque, quémallo». El pueblo de Dios, es decir la Iglesia, no necesita dinero sucio, necesita corazones abiertos a la misericordia de Dios. Hay que acercarse a Dios con manos purificadas, evitando el mal y practicando el bien y la justicia. Es hermoso cómo termina el profeta:

«Desistid de hacer el mal
aprended a hacer el bien,
buscad lo justo,
dad sus derechos al oprimido,
haced justicia al huérfano,
abogad por la viuda» (vv. 16-17).

Pensad en los numerosos refugiados que desembarcan en Europa y no saben a dónde ir. Entonces, dice el Señor, los pecados, incluso si fueren como la grana, llegarán a ser blancos como la nieve, y cándidos como la lana, y el pueblo podrá alimentarse con los bienes de la tierra y vivir en paz (vv. 18-19). Es este el milagro del perdón que Dios, el perdón que Dios como Padre, quiere donar a su pueblo. La misericordia de Dios se ofrece a todos, y estas palabras del profeta son válidas también hoy para todos nosotros, llamados a vivir como hijos de Dios. ■

Francisco

Vaticano, 2 de marzo de 2016



Espíritu de oración



«¡Pidamos! ¡Pidamos! ¡Pidamos mucho! Cosas grandes, cosas magníficas, muchas cosas. Pues por difíciles, y magníficas, y grandes que ellas sean, no apurarán el manantial inagotable de la bondad y la omnipotencia infinita de Dios, ni el mérito también infinito de la sangre preciosísima de Jesús, ni su deseo de acceder a las peticiones fundadas en el valor de esa sangre, y en su palabra divina que nos manda pedir, y nos promete otorgar lo que se pida en su nombre, mayormente cuanto sea para acrecentar la gloria de Dios y nuestra salud espiritual».

«Pidamos, oremos, supliquemos, instemos al Señor, cuya magnificencia no tiene límites, y que gusta de ser apremiado con instancia suave y constante importunidad, y fe inquebrantable, puesto que se dignará atendernos aunque seamos de ello muy indignos. Orando de esta suerte, pedimos también implícitamente por nosotros mismos por el mérito de impetración que lleva consigo la buena obra.»

• • • • •

«Reflexionad un momento, queridos lectores, sobre tan tierna y consoladora verdad. Imaginad que cuando decimos Padre nuestro, el plural comprende, no sólo la humanidad toda, sino también la humanidad que tomó el verbo en el seno de su purísima madre, y que conserva en la eucaristía, asociando su voz y su persona a nuestra voz y nuestra persona: y sentiréis derretirse en amor el corazón, y penetrarse el alma de gratitud. ¿Habrà una cosa más bella y útil que esta consoladora creencia? ¿Quién puede dudar ya de la eficacia de la oración recordando que va autorizada por la letra y por los labios del redentor, que en ella ruega con nosotros?».

Luis de Trelles

La Lámpara del Santuario

Tomo 8 (1877) Pág. 463

Tomo IX (1878) Pág. 403



Nuestro amen en la eucaristía



Bastan, a veces, unos segundos al comienzo de la misa para calibrar el tono litúrgico de la asamblea. Cuando el sacerdote comienza la celebración con el signo de la cruz e invocando a la Santísima Trinidad, y a esa solemne invocación responde un casi inaudible y destemplado AMÉN, podemos sospechar que esa asamblea cristiana no goza precisamente de una liturgia muy dinámica.

Si en nuestras liturgias tenemos que dar importancia y prestar atención a los muchos signos que nos están hablando de la presencia y de la acción de Dios, la tenemos que dar especialmente a las palabras.

La palabra es el más importante medio de expresión y de convivencia que Dios nos ha concedido a los humanos (pensemos que Cristo es la PALABRA, el Verbo expresión única e inefable del Padre y también máxima revelación y comunicación del Padre a nosotros).

Pues bien, una palabra clave en la liturgia es ese AMÉN tan desganaadamente musitado a veces. El AMÉN es una de las señales más elocuentes de la participación. Lástima que AMÉN lo hayamos traducido y empleado únicamente por el termino «asi sea», como manifestación (que lo es también) de un deseo, del cum-



plimiento de lo que hemos pedido antes.

«La palabra AMÉN la hemos heredado, sin traducirla, del hebreo y significa «firme, seguro, estable, válido». Por eso se convirtió ya en el Antiguo Testamento en la aclamación con que alguien, sobre todo la comunidad, manifiesta su asentimiento y aceptación de lo que se ha dicho o propuesto». Diríamos que la más sencilla, breve y expresiva traducción de AMÉN es «sí».

Decía S. Agustín que «vuestro AMÉN es como vuestra firma, vuestro asentimiento y vuestro compromiso».

En la celebración eucarística el AMÉN es una respuesta afirmativa, una adhesión firme, rotunda a lo que en nombre nuestro se pide a Dios o se proclama. Así, empleamos el AMÉN:

- Al comienzo de la misa.
- En la conclusión de todas las oraciones.
- Al concluir la misa en la bendición del sacerdote.

Pero tiene un gran y especial lugar y significado en dos ocasiones:

- Como conclusión de la Plegaria Eucarística.

- Al recibir el cuerpo de Cristo.

Al concluir la plegaria Eucarística, el sacerdote levanta el Cuerpo de Cristo y el cáliz pronunciando la gran alabanza del Padre, «Por Cristo, con El y en Él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos». Y los fieles nos unimos a esa alabanza con un AMÉN sentido y gozoso. Un AMÉN que, decía S. Jerónimo, retumbaba como un trueno en las bóvedas del templo.

Y al presentarnos el Cuerpo de Cristo para la comunión, nosotros expresamos nuestra fe y nuestra entrega al Señor que se nos da como alimento.

Tenemos que revalorizar nuestro AMÉN en la liturgia proclamándolo o cantándolo con voz clara y ánimo decidido. El AMÉN debería ser jaculatoria frecuente en que expresáramos nuestra aceptación de Dios y de su plan de amor sobre nosotros, de nuestra entrega, de nuestro agradecimiento a su misericordia.

Nuestra vida debería ser un inacabable AMÉN, prolongación de nuestro AMÉN en la Eucaristía. ■

La Lámpara del Santuario
nº 25, 3ª época



Día 14 de septiembre

FIESTA: La Exaltación de la Santa Cruz



Este día nos recuerda el hallazgo de la Santa Cruz en el año 320, por parte de Santa Elena, madre de Constantino. Más tarde Cosroas, rey de Persia se llevó la cruz a su país. Heraclio la devolvió a Jerusalén.

El cristianismo es un mensaje de amor. ¿Por qué entonces exaltar la Cruz? Además la Resurrección, más que la Cruz, da sentido a nuestra vida.

Pero ahí está la Cruz, el escándalo de la Cruz, de San Pablo. Nosotros no hubiéramos introducido la Cruz. Pero los caminos de Dios son di-

ferentes. Los apóstoles la rechazaban. Y nosotros también. Cuando Clovodeo leía la Pasión exclamaba: ¡Ah, si hubiera estado allí yo, con mis francos!

La Cruz es fruto de la libertad y amor de Jesús. No era necesaria. Jesús la ha querido para mostrarnos su amor y su solidaridad con el dolor humano. Para compartir nuestro dolor y hacerlo redentor.

Jesús no ha venido a suprimir el sufrimiento: el sufrimiento seguirá presente entre nosotros. Tampoco ha venido para explicarlo: seguirá



siendo un misterio. Ha venido para acompañarlo con su presencia. En presencia del dolor y muerte de Jesús, el Santo, el Inocente, el Cordero de Dios, no podemos rebelarnos ante nuestro sufrimiento ni ante el sufrimiento de los inocentes, aunque siga siendo un tremendo misterio.

Jesús, en plena juventud, es eliminado y lo acepta para abrirnos el paraíso con la fuerza de su bondad: «En plenitud de vida y de sendero dio el paso hacia la muerte porque El quiso. Mirad, de par en par, el paraíso, abierto por la fuerza de un Cordero» (Himno de Laudes).

En toda su vida Jesús no hizo más que bajar: en la Encarnación, en Belén, en el destierro. Perseguido, humillado, condenado. Sólo sube para ir a la Cruz. Y en ella está elevado, como la serpiente en el desierto, para que le veamos mejor, para atraernos e infundirnos esperanza. Pues Jesús no nos salva desde fuera, como por arte de magia, sino compartiendo nuestros problemas. Jesús no está en la Cruz para adoctrinarnos olímpicamente, con palabras, sino para compartir nuestro dolor solidariamente.

Pero el discípulo no es de mejor condición que el maestro, dice Jesús. Y añade: «El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y me siga».

Es fácil seguir a Jesús en Belén, en el Tabor. ¡Qué bien estamos aquí!, decía Pedro. En Getsemaní se duerme, y luego le niega.

«No se va al cielo hoy ni de aquí a veinte años. Se va cuando se es pobre y se está crucificado» (León Bloy). «Sube a mi Cruz. Yo no he bajado de ella todavía» (El Señor a Juan de la Cruz). No tengamos miedo. La Cruz es un signo más, enriquece, no es un signo menos. El sufrir pasa, el haber sufrido —la madurez adquirida en el dolor— no pasa jamás. La Cruz son dos palos que se cruzan: si acomodamos nuestra voluntad a la de Dios, pesa menos. Si besamos la Cruz de Jesús, besemos la nuestra, astilla de la suya.

La Cruz aceptada —no la buscada— tiene un gran valor... Dijo una ostra a otra ostra: «Siento un gran dolor dentro de mí. Es pesado y redondo y me lastima». Y la otra ostra replicó con arrogancia: «Alabados sean los cielos y el mar. Yo no siento dolor dentro de mí. Me siento bien e intacta». Un cangrejo que pasaba por allí las escuchó y dijo a la que estaba bien e intacta: «Sí, te sientes bien, pero el dolor de la otra es una hermosa perla».

Es la ambigüedad del dolor. El que no sufre, queda inmaduro. El que lo acepta, se santifica. El que lo rechaza, se amarga y se rebela. ■





LA NATIVIDAD DE LA VIRGEN

*Canten hoy, pues nacéis vos,
 los ángeles, gran Señora,
 y ensayense, desde ahora,
 para cuando nazca Dios.*

*Canten hoy, pues a ver vienen
 nacida su Reina bella,
 que el fruto que esperan de ella
 es por quien la gracia tienen.*

*Digan, Señora, de vos,
 que habéis de ser su Señora,
 y ensayense, desde ahora,
 para cuando nazca Dios.*

*Pues de aquí a catorce años,
 que en buena hora cumpláis,
 verán el bien que nos dáis,
 remedio de tantos daños.*

*Canten y digan, por vos,
 que desde hoy tienen Señora,
 y ensayense, desde ahora,
 para cuando nazca Dios.*

*Y nosotros, que esperamos
 que llegue pronto Belén,
 preparemos también,
 el corazón y las manos.*

*Vete sembrando, Señora,
 de paz nuestro corazón,
 y ensayemos, desde ahora,
 para cuando nazca Dios. Amén*

Lope de Vega



Septiembre 2016

La Exaltación de la Santa Cruz

«Nosotros hemos de gloriarnos en la cruz de nuestro Señor Jesucristo: en Él está nuestra salvación, vida y resurrección; Él nos ha salvado y liberado» (*Gál 6, 14*).

«Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre. Lo mismo que Moisés elevó a la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en Él tenga vida eterna» (*Jn 3, 13-14*).

«Y Yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia Mí. Decía esto señalando de qué muerte iba a morir» (*Jn 12, 32-33*).

Hasta el final de los tiempos, la Cruz de Cristo en el monte Calvario será una Luz que brille en las tinieblas del pecado y en la oscuridad del mundo; será el misterio en el que el hombre no penetrará nunca en la plenitud de su significado: el Amor de Dios manifestado en la Cruz de Cristo. Amor que alimenta toda nuestra vida de hijos de Dios en Cristo Jesús.

«Dios nos manifiesta su amor en que, siendo todavía pecadores, Cristo murió por nosotros... Hemos sido reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, cuando nosotros todavía éramos pecadores» (*Rom 5, 8-10*).

Ya desde pequeños nos han enseñado que:

«Todo fiel cristiano está muy obligado a tener devoción de todo corazón

a la Santa Cruz porque en ella quiso morir para nos redimir».

La devoción que queremos vivir a la Cruz, nos manifiesta el amor de Dios y la gravedad de nuestro pecado; y a la vez nos permite vislumbrar el amor de Dios en Cristo Nuestro Señor. Contemplando a Cristo clavado en la Cruz se agranda nuestro corazón y, arrepentidos de nuestros pecados, nuestra alma se llena de vergüenza, de dolor, de pena por haber ofendido al Señor, por haberle amado tan poco y anhela amar de nuevo, y con nuevo corazón, a Quién vivió nuestra muerte por Amor.

Besando la Cruz los mártires, hombres y mujeres, han entregado su vida a Cristo; adorando la Cruz tantos misioneros han convertido a pueblos enteros en todos los rincones de la tierra, porque han comprendido que Cristo murió en la Cruz para convencernos de que «Tanto amó Dios al mundo que le entregó su Hijo Unigénito». Besando la Cruz tantos padres y madres de familia han encontrado la fortaleza necesaria para vencer, con una sonrisa, los malos momentos que en ninguna familia faltan.

«Una Cruz. Un cuerpo cosido con clavos al madero. El costado abierto... Con Jesús quedan sólo su Madre, unas mujeres y un adolescente. Los apóstoles ¿dónde están? ¿Y los que fueron curados de sus enfermedades: los cojos, los ciegos, los leprosos?... ¿Y los que le aclamaron?... ¡Nadie responde! Cristo, rodeado de silencio.



También tú puedes sentir algún día la soledad del Señor en la Cruz. Busca entonces el apoyo del que ha muerto y Resucitado. Procúrate cobijo en las llagas de sus manos, de sus pies, de su costado. Y se renovará tu voluntad de recomenzar, y reemprenderás el camino con mayor decisión y eficacia» (Josemaría Escrivá, *Via Crucis*).

En la Cruz, y con el Amor de Dios, descubrimos su ternura, su misericordia, la cercanía, que Dios quiere vivir con nosotros en su Hijo, Nuestro Señor Jesucristo.

Desde la Cruz, el Señor nos entregó a María, su Madre, como Madre nuestra; y nos dio a Ella como hijos, para que nos cuide, nos proteja, y nos enseñe a estar firmes en medio de nuestras tribulaciones, de los obstáculos y de las contradicciones, que tantas veces nos encontramos en nuestro vivir cristiano.

Cristo desde la Cruz nos abre los ojos del alma para que lleguemos a dar sentido a todos nuestros sufrimientos. Él sufre con nosotros y en nosotros, y nos dice que, unidos a Él, Él está con nosotros redimiendo el mundo. Y nuestros dolores se unen a sus padecimientos, para gloria de Dios Padre y redención del mundo. La Cruz es el gran signo de contradicción, y Cristo seguirá clavado en la Cruz hasta el final de los tiempos.

Sobre cada Sagrario que custodia a Cristo vivo sacramentalmente en la Eucaristía, hay una cruz, un Crucificado. Él, que murió por nosotros, nos llama desde la Cruz y nos manifiesta todo Su Amor.

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

—Lope de Vega—

María permaneció firme al pie de la Cruz y sostuvo en la fe a los apóstoles, a los discípulos, en espera del día glorioso de la Resurrección. A Ella le pedimos el día en la que la Iglesia celebra la fiesta de la Virgen de los Dolores: «Haz que su Cruz me enamore y que en ella viva y more de mi fe y amor indicio; porque me inflame y encienda, y contigo me defienda en el día del juicio» (*Stabat Mater*).

Recemos por quienes quieren arrancar la Cruz de Cristo de las torres de las Iglesias, de los cruces de caminos,... en el afán de quitar del horizonte de su mirada cualquier señal del Amor de Dios; y pidamos al Espíritu Santo que nos dé un gran amor a la Cruz y al Crucificado: «Porque en ella quiso morir, para nos redimir». ■

Cuestionario

- ¿Tengo en alguna pared de mi casa un Crucifijo al que pueda elevar mi mirada en cualquier momento?
- ¿Descubro en la Cruz el Amor misericordioso de Dios, y le manifiesto mi amor, mi fe, para calmar su sed?
- ¿Me arrepiento de mis pecados, y le pido perdón al Señor, al contemplar la Cruz?



La Eucaristía



Queridos hermanos y hermanas, la Eucaristía es el origen de toda forma de santidad, y todos nosotros estamos llamados a la plenitud de vida en el Espíritu Santo. ¡Cuántos santos han hecho auténtica su propia vida gracias a su piedad eucarística! De san Ignacio de Antioquía a san Agustín, de san Antonio abad a san Benito, de san Francisco de Asís a santo Tomás de Aquino, de santa Clara de Asís a santa Catalina de Siena, de san Pascual Bailón a san Pedro Julián Eymard, de san Alfonso María de Ligorio al beato Carlos de Foucauld, de san Juan María Vianney a santa Teresa de Lisieux, de san Pío de Pietrelcina a la beata Teresa de Calcuta, del beato Piergiorgio Frassati al beato Iván Merz, sólo por citar algunos de los numerosos nombres, la santidad ha tenido siempre su centro en el sacramento de la Eucaristía.

Por eso, es necesario que en la Iglesia se crea realmente, se celebre con devoción y se viva intensamente este santo Misterio. El

don de sí mismo que Jesús hace en el Sacramento memorial de su pasión, nos asegura que el culmen de nuestra vida está en la participación en la vida trinitaria, que en él se nos ofrece de manera definitiva y eficaz. La celebración y adoración de la Eucaristía nos permiten acercarnos al amor de Dios y adherirnos personalmente a él hasta unirmos con el Señor amado. El ofrecimiento de nuestra vida, la comunión con toda la comunidad de los creyentes y la solidaridad con cada hombre, son aspectos imprescindibles de la *logiké latreía*, del culto espiritual, santo y agradable a Dios (cf. *Rm* 12, 1), en el que toda nuestra realidad humana concreta se transforma para su gloria. Invito, pues, a todos los pastores a poner la máxima atención en la promoción de una espiritualidad cristiana auténticamente eucarística. Que los presbíteros, los diáconos y todos los que desempeñan un ministerio eucarístico, reciban siempre de estos mismos servicios, realizados con esmero y preparación constante, fuerza y estímulo para el propio camino personal y comunitario de santificación. Exhorto a todos los laicos, en particular a las familias, a encontrar continuamente en el Sacramento del amor de Cristo la fuerza para transformar la propia vida en un signo auténtico de la presencia del Señor resucitado. Pido a todos los consagrados y consagradas que manifiesten con su propia vida eucarística el esplendor y la belleza de pertenecer totalmente al Señor.

A principios del siglo IV, el culto cristiano estaba todavía prohibido por las autoridades



des imperiales. Algunos cristianos del Norte de África, que se sentían en la obligación de celebrar el día del Señor, desafiaron la prohibición. Fueron martirizados mientras declaraban que no les era posible vivir sin la Eucaristía, alimento del Señor: *sine dominico non possumus*. Que estos mártires de Abitinia, junto con muchos santos y beatos que han hecho de la Eucaristía el centro de su vida, intercedan por nosotros y nos enseñen la fidelidad al encuentro con Cristo resucitado. Nosotros tampoco podemos vivir sin participar en el Sacramento de nuestra salvación y deseamos ser *iuxta dominicam viventes*, es decir, llevar a la vida lo que celebramos en el día del Señor. En efecto, este es el día de nuestra liberación definitiva. ¿Qué tiene de extraño que deseemos vivir cada día según la novedad introducida por Cristo con el misterio de la Eucaristía?

Que María Santísima, Virgen inmaculada, arca de la nueva y eterna alianza, nos acompañe en este camino al encuentro del Señor que viene. En Ella encontramos la esencia de la Iglesia realizada del modo más perfecto. La Iglesia ve en María, «Mujer eucarística» —como la llamó el Siervo de Dios Juan Pablo II—, su icono más logrado, y la contempla como modelo insustituible de vida eucarística. Por eso, disponiéndose a acoger sobre el altar el «*verum Corpus natum de Maria Virgine*», el sacerdote, en nombre de la asamblea litúrgica, afirma con las palabras del canon: «Veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor». Su santo nombre se invoca y venera también en los cánones de las tradiciones cristianas orientales. Los fieles, por su parte, «encomiendan a María, Madre de la Iglesia, su vida y su trabajo. Esforzándose por tener los mismos sentimientos de

María, ayudan a toda la comunidad a vivir como ofrenda viva, agradable al Padre». Ella es la *Tota pulchra*, Toda hermosa, ya que en Ella brilla el resplandor de la gloria de Dios. La belleza de la liturgia celestial, que debe reflejarse también en nuestras asambleas, tiene un fiel espejo en Ella. De Ella hemos de aprender a convertirnos en personas eucarísticas y eclesiales para poder presentarnos también nosotros, según la expresión de san Pablo, «inmaculados» ante el Señor, tal como Él nos ha querido desde el principio (cf. *Col* 1, 21; *Ef* 1, 4).

Que el Espíritu Santo, por intercesión de la Santísima Virgen María, encienda en nosotros el mismo ardor que sintieron los discípulos de Emaús (cf. *Lc* 24, 13-35), y renueve en nuestra vida el asombro eucarístico por el resplandor y la belleza que brillan en el rito litúrgico, signo eficaz de la belleza infinita propia del misterio santo de Dios. Aquellos discípulos se levantaron y volvieron de prisa a Jerusalén para compartir la alegría con los hermanos y hermanas en la fe. En efecto, la verdadera alegría está en reconocer que el Señor se queda entre nosotros, compañero fiel de nuestro camino. La Eucaristía nos hace descubrir que Cristo muerto y resucitado, se hace contemporáneo nuestro en el misterio de la Iglesia, su Cuerpo. Hemos sido hechos testigos de este misterio de amor. Deseemos ir llenos de alegría y admiración al encuentro de la santa Eucaristía, para experimentar y anunciar a los demás la verdad de la palabra con la que Jesús se despidió de sus discípulos: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta al fin del mundo» (*Mt* 28, 20). ■

Benedicto XVI

*Exhortación Apostólica Postsinodal
Sacramentum Caritatis —Conclusión—*



El águila y el pajarito

¿Cómo un alma, tan imperfecta como La mía, puede aspirar a poseer la plenitud del *amor*? ¡Oh, Jesús! mi primer y único amigo, tú a quien *únicamente* amo, dime, ¿qué misterio es éste?... ¿Por qué no reservas estas inmensas aspiraciones para las almas grandes, para las *Águilas* que planean sobre las alturas?... Yo me considero como un pajarito débil, cubierto solamente con un ligero plumaje; yo no soy un *águila*, solamente tengo sus ojos y su corazón, pues a pesar de mi extrema pequeñez me atrevo a mirar al Sol Divino, el Sol del Amor y mi corazón siente todas las aspiraciones del *águila*... El pajarito quisiera *volar* hacia ese brillante Sol que le encandila; quisiera imitar a las águilas, sus hermanas, que ve elevarse hasta el hogar divino de la Trinidad Santísima... ¡Ay!, todo lo que puede hacer es *agitar sus alitas*, pero volar no está al alcance de su *pequeño* poder.

¡Qué va a ser de él! ¿Morirá de pena viéndose tan impotente?... ¡Oh, no!, el pajarito ni siquiera se afligirá. Con un audaz abandono, quiere seguir mirando a su Divino Sol; nada lo asustará, ni el viento ni la lluvia, y si oscuras nubes ocultan a su *Astro de Amor*, el pajarito no cambia de sitio, sabe que detrás de las nubes su Sol sigue brillando, que su resplandor no será eclipsado un solo momento. A veces, es cierto, el corazón del pajarito se ve asaltado por la tempestad, le parece que no existen más que las nubes que lo envuelven; es el momento de la *alegría perfecta* para el *pobre y debilucho ser*. ¡¡¡Qué felicidad para él seguir allí a pesar de todo, mirar la luz invisible que se sustrae a

su fe!!!... Jesús, hasta ahora, comprendo tu amor por el pajarito, ya que no se aparta de ti... Pero yo sé y tú lo sabes también, con frecuencia, la imperfecta criatura, aún siguiendo en su lugar (es decir, bajo los rayos del Sol), se deja distraer de su única ocupación, coge un granito a derecha y a izquierda, corre detrás de un gusanillo... Después encuentra un charquito de agua y *moja* en él sus plumas apenas formadas; ve una flor que le gusta y se entretiene con esa flor... En fin, no pudiendo planear como las águilas, el pobre pajarillo se entretiene con las bagatelas de la tierra. Sin embargo, después de todas sus fechorías, en lugar de esconderse en un rincón para llorar su miseria y morir de arrepentimiento, el pajarito se vuelve hacia su Amado Sol, presenta a sus rayos bienhechores sus alitas *mojadas*, gime como la golondrina y confía en su dulce canto; cuenta con detalle sus infidelidades, pensando con su temerario abandono adquirir más dominio, atraer más plenamente el amor de *Aquel* que no ha venido a llamar a los justos sino a los pecadores... (Mt. 9, 13). Si el *Astro Adorado* sigue sordo a los lamentos de su pequeña criatura, si sigue *velado*... ¡Pues bien!, la criatura sigue *mojada*, acepta estar transida de frío y se alegra también de este sufrimiento que ha merecido...

¡Oh, Jesús, qué feliz es tu pajarito siendo *pequeño y débil*!, ¿qué sería de él si fuera grande?... Nunca se atrevería a presentarse en tu presencia, a *dormitar* delante de ti... Sí, esa es otra de las debilidades del pajarito. Cuando él quiere mirar al Divino rayo, a pesar suyo, sus ojos se cierran, mete su



cabecita bajo las alas y el pobrecito se duerme, creyendo que sigue contemplando a su Astro querido. Cuando despierta, no se desconsuela, su corazóncito sigue en paz; comienza de nuevo su oficio de *amar*; invoca a los ángeles y a los santos que se elevan como águilas hacia el Fuego devorador, objeto de su deseo y las águilas se apiadan de su hermanito, lo protegen, lo defienden, y alejan a los buitres que lo quisieran devorar. El pajarito no teme a los buitres, imágenes de los demonios, el pajarito no los teme; no está destinado a ser su presa, sino del Águila que contempla en el centro del Sol de Amor. ¡Oh, Verbo divino, tú eres el Águila adorada a quien yo amo, tú me *atraes!*, has sido tú quien, lanzándote hacia la tierra del exilio, has querido sufrir y morir para *atraer* las almas hasta el seno del Hogar Eterno de la Trinidad Bienaventurada; has sido tú quien, subiendo hacia la Luz inaccesible, que será tu morada para siempre, sigues aún en este valle de lágrimas, escondido bajo las apariencias de una blanca hostia... Águila eterna, tú vas a alimentarme con tu divina sustancia, a mí, pobrecito ser, que volvería a la nada si tu divina mirada no me diera la vida a cada instante... ¡Oh, Jesús!, déjame, en el exceso de mi agradecimiento, déjame decirte que *tu amor llega hasta la locura...* ¿Cómo quieres que mi corazón no se lance hacia ti, ante esta Locura? ¿Cómo puede tener límites mi confianza?... ¡Ah!, los santos han hecho también locuras por ti, lo sé, han hecho grandes cosas porque eran águilas...

Jesús, yo soy demasiado pequeña para hacer grandes cosas... y mi *locura* consiste en



esperar que tu amor me acepte como víctima... Mi *locura* consiste en suplicar a las águilas, mis hermanas, que me alcancen el favor de volar hacia el Sol del Amor con *las propias alas del Aguila divina...* (Dt. 32, 11).

Tu pajarito, ¡oh Amado mío!, seguirá sin fuerzas y sin alas tanto tiempo como quieras; seguirá con sus ojos fijos en ti; quiere ser

fascinado por tu mirada divina; quiere ser la *presa* de tu amor... Un día, así lo espero, Águila adorada, vendrás a buscar a tu pajarito, y subiendo con él al Fuego del Amor, lo sumergirás para toda la eternidad en el abrasador abismo de este Amor al que se ha ofrecido como víctima...

¡Oh, Jesús!, me es imposible decir a todas las *almas pequeñas* lo inefable que es tu condescendencia... Siento que, si por un imposible, encontrases un alma más débil, más pequeña que la mía, te complacerías en colmarla de favores mayores aún, si ella se abandonaba con entera confianza a tu misericordia infinita. Pero ¿por qué desear comunicar tus secretos de amor?, ¡oh, Jesús!, ¿no eres tú quien me los ha enseñado? y ¿no puedes tú revelárselos a otros?... ¡Sí, lo sé, y te conjuro que lo hagas, te suplico que bajes tu mirada divina sobre un gran número de *almas pequeñas...* Te suplico que escojas una legión de pequeñas víctimas, dignas de tu **Amor!**...

La pequeñísima Hermana Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz, rel. carm. ind. ■

Santa Teresa de Lisieux
Historia de un alma
La vocación del amor



Las virtudes teologales (I)

La fe

1814 La fe es la virtud teologal por la que creemos en Dios y en todo lo que Él nos ha dicho y revelado, y que la Santa Iglesia nos propone, porque Él es la verdad misma. Por la fe «el hombre se entrega entera y libremente a Dios» (DV 5). Por eso el creyente se esfuerza por conocer y hacer la voluntad de Dios. «El justo [...] vivirá por la fe» (Rm 1, 17). La fe viva «actúa por la caridad» (Ga 5, 6). ■

1815 El don de la fe permanece en el que no ha pecado contra ella (cf Concilio de Trento: DS 1545). Pero, «la fe sin obras está muerta» (St 2, 26): privada de la esperanza y de la caridad, la fe no une plenamente el fiel a Cristo ni hace de él un miembro vivo de su Cuerpo. ■

1816 El discípulo de Cristo no debe sólo guardar la fe y vivir de ella sino también profesarla, testimoniarla con firmeza y difundirla: «Todos [...] vivan preparados para confesar a Cristo ante los hombres y a seguirle por el camino de la cruz en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia» (LG 42; cf. DH 14). El servicio y el testimonio de la fe son requeridos para la salvación: «Todo [...] aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos; pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los cielos» (Mt 10, 32-33). ■

La esperanza

1817 La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo. «Mantengamos firme la confesión de la esperanza, pues fiel es el autor de la promesa» (Hb 10, 23). «El Espíritu Santo que Él derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo nuestro Salvador para que, justificados por su gracia, fuésemos constituidos herederos, en esperanza, de vida eterna» (Tt 3, 6-7). ■



1818 La virtud de la esperanza corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre; asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres; las purifica para ordenarlas al Reino de los cielos; protege del desaliento; sostiene en todo desfallecimiento; dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna. El impulso de la esperanza preserva del egoísmo y conduce a la dicha de la caridad. ■

1819 La esperanza cristiana recoge y perfecciona la esperanza del pueblo elegido que tiene su origen y su modelo en la *esperanza de Abraham* en las promesas de Dios; esperanza colmada en Isaac y purificada por la prueba del sacrificio (cf. *Gn* 17, 4-8; 22, 1-18). «Esperando contra toda esperanza, creyó y fue hecho padre de muchas naciones» (*Rm* 4, 18). ■

1820 La esperanza cristiana se manifiesta desde el comienzo de la predicación de Jesús en la proclamación de las bienaventuranzas. Las *bienaventuranzas* elevan nuestra esperanza hacia el cielo como hacia la nueva tierra prometida; trazan el camino hacia ella a través de las pruebas que esperan a los discípulos de Jesús. Pero por los méritos de Jesucristo y de su pasión, Dios nos guarda en «la esperanza que no falla» (*Rm* 5, 5). La esperanza es «el ancla del alma», segura y firme, que penetra... «a donde entró por nosotros como precursor Jesús» (*Hb* 6, 19-20). Es también un arma que nos protege en el combate de la salvación: «Revistamos la coraza de la fe y de la caridad, con el yelmo de la esperanza de salvación» (1 *Ts* 5, 8). Nos procura el gozo en la prueba misma: «Con la alegría de la esperanza; constantes en la tribulación» (*Rm* 12, 12). Se expresa y se alimenta en la oración, particularmente en la del Padre Nuestro, resumen de todo lo que la esperanza nos hace desear. ■

1821 Podemos, por tanto, esperar la gloria del cielo prometida por Dios a los que le aman (cf. *Rm* 8, 28-30) y hacen su voluntad (cf. *Mt* 7, 21). En toda circunstancia, cada uno debe esperar, con la gracia de Dios, «perseverar hasta el fin» (cf. *Mt* 10, 22; cf. Concilio de Trento: DS 1541) y obtener el gozo del cielo, como eterna recompensa de Dios por las obras buenas realizadas con la gracia de Cristo. En la esperanza, la Iglesia implora que «todos los hombres [...] se salven» (*1Tm* 2, 4). Espera estar en la gloria del cielo unida a Cristo, su esposo:

«Espera, espera, que no sabes cuándo vendrá el día ni la hora. Vela con cuidado, que todo se pasa con brevedad, aunque tu deseo hace lo cierto dudoso, y el tiempo breve largo. Mira que mientras más peleares, más mostrarás el amor que tienes a tu Dios y más te gozarás con tu Amado con gozo y deleite que no puede tener fin» (Santa Teresa de Jesús, *Exclamaciones del alma a Dios*, 15, 3). ■



Ave María Purísima



1. Con el corazón desbordando de profunda emoción tomo la palabra en esta solemne liturgia, que nos ve reunidos en torno a la mesa eucarística para celebrar, en la luz de Cristo Redentor, la memoria gloriosa de su Santísima Madre. El espíritu está dominado por el pensamiento de que, precisamente en esta ciudad, la Iglesia reunida en Concilio —el III Concilio Ecuménico—, reconoció oficialmente a la Virgen María el título de «Theotokos», que ya le tributaba el pueblo cristiano, pero contestado desde hacía algún tiempo en algunos ambientes influidos sobre todo por Nestorio. El júbilo con que el pueblo de Efeso acogió, en aquel lejano 431, a los padres que salían de la sala del Concilio donde se había reafirmado la verdadera fe de la Iglesia, se propagó rápidamente por todas las partes

del mundo y no ha cesado de resonar en las generaciones sucesivas, que en el curso de los siglos han continuado dirigiéndose con confianza a María como a Aquella que ha dado la vida al Hijo de Dios.

También nosotros, hoy, con el mismo impulso filial y con la misma confianza profunda, recurrimos a la Virgen Santa, saludando en Ella a la «Madre de Dios», y encomendándole los destinos de la Iglesia, sometida en nuestro tiempo a pruebas singularmente duras e insidiosas, pero empujada también por la acción del Espíritu Santo en los caminos abiertos a las esperanzas más prometedoras.

2. «Madre de Dios». Al repetir hoy esta expresión cargada de misterio, volvemos con el recuerdo al momento inefable de la Encarnación y afirmamos con toda la Iglesia que la Virgen se convirtió en Madre de Dios por haber engendrado según la carne a un Hijo, que era personalmente el Verbo de Dios. ¡Qué abismo de condescendencia se abre ante nosotros!

Se plantea espontáneamente una pregunta al espíritu: ¿Por qué el Verbo ha



preferido nacer de una mujer (cf. Gál 4, 4), antes que descender del cielo con un cuerpo ya adulto, plasmado por la mano de Dios (cf. Gén 2, 7)? ¿No habría sido éste un camino más digno de El?, ¿más adecuado a su misión de Maestro y Salvador de la humanidad? Sabemos que, en los primeros siglos, sobre todo, no pocos cristianos (los docetas, los gnósticos, etc.) habrían preferido que las cosas hubieran sido de esa manera. En cambio, el Verbo eligió el otro camino. ¿Por qué?

La respuesta nos llega con la límpida y convincente sencillez de las obras de Dios. Cristo quería ser un vástago auténtico (cf. Is 11, 1) de la estirpe que venía a salvar. Quería que la redención brotase como del interior de la humanidad, como algo suyo. Cristo quería socorrer al hombre no como un extraño, sino como un hermano, haciéndose en todo semejante a él, menos en el pecado (cf. Heb 4, 15). Por esto quiso una madre y la encontró en la persona de María. La misión fundamental de la doncella de Nazaret fue, pues, la de ser el medio de unión del Salvador con el género humano.

En la historia de la salvación, sin embargo, la acción de Dios no se desarrolla sin acudir a la colaboración de los hombres: Dios no impone la salvación. Ni siquiera se la impuso a María. En el acontecimiento de la Anunciación no se dirige a Ella de manera perso-

nal, interpeló su voluntad y esperó una respuesta que brotase de su fe. Los Padres han captado perfectamente este aspecto, poniendo de relieve que «la Santísima Virgen María, que dio a luz creyendo, había concebido creyendo» (S. Agustín, Sermo 215, 4; cf. S. León M., Sermo I in Nativitate, 1, etc.), y esto ha subrayado también el reciente Concilio Vaticano II, afirmando que la Virgen «al anuncio del ángel recibió en el corazón y en el cuerpo al Verbo de Dios» (Lumen gentium, 53).

El «fiat» de la Anunciación inaugura así la Nueva Alianza entre Dios y la criatura: mientras este «fiat» incorpora a Jesús a nuestra estirpe según la naturaleza, incorpora a María a El según la gracia. El vínculo entre Dios y la humanidad, roto por el pecado, ahora felizmente está restablecido.

3. El consentimiento total e incondicional de la «sierva del Señor» (Lc 1, 38) al designio de Dios fue, pues, una adhesión libre y consciente. María consintió en convertirse en la Madre del Mesías que vino «para salvar a su pueblo de sus pecados» (Mt 1, 21; cf. Lc 1, 31). No se trató de un simple consentimiento para el nacimiento de Jesús, sino de la aceptación responsable de participar en la obra de la salvación que El venía a realizar. Las palabras del «Magnificat» ofrecen clara confirmación de esta conciencia lúcida: «Acogió a Israel, su siervo —dice María— acor-



dándose de su misericordia. Según lo que había prometido a nuestros padres, a Abraham y a su descendencia para siempre» (Lc 1, 54-55).

Al pronunciar su «fiat», María no se convierte sólo en Madre del Cristo histórico; su gesto la convierte en Madre del Cristo total, «Madre de la Iglesia». «Desde el momento del fiat —observa San Anselmo— María comenzó a llevarnos a todos en su seno»; por esto «el nacimiento de la Cabeza es también el nacimiento del cuerpo», proclama San León Magno. San Efrén, por su parte, tiene una expresión muy bella a este respecto: María, dice él, es «la tierra en la que ha sido sembrada la Iglesia».

Efectivamente. desde el momento en que la Virgen se convierte en Madre del Verbo encarnado, la Iglesia se encuentra constituida de manera secreta, pero germinalmente perfecta, en su esencia de cuerpo místico: en efecto, están presentes el Redentor y la primera de los redimidos. De ahora en adelante la incorporación a Cristo implicará una relación filial no sólo con el Padre celeste, sino también con María, la Madre terrena del Hijo de Dios.

4. Cada madre transmite a los hijos la propia semejanza: también entre María y la Iglesia hay una relación de semejanza profunda. María es la figura ideal, la personificación, el arquetipo de la Iglesia. En Ella se realiza el paso

del antiguo al nuevo Pueblo de Dios, de Israel a la Iglesia. Ella es la primera entre los humildes y pobres, el resto fiel, que esperan la redención; y Ella es también la primera entre los rescatados que, en humildad y obediencia, acogen la venida del Redentor. La teología oriental ha insistido mucho en la «katharsis» que se obra en María en el momento de la Anunciación; baste recordar aquí la emocionada paráfrasis que hace de ello Gregorio Palamas en una homilía: «Tú eres ya Santa y llena de gracia, oh Virgen, dice el Ángel a María. Pero el Espíritu Santo vendrá de nuevo sobre ti, preparándote mediante un aumento de gracia al misterio divino» (Homilía sobre la Anunciación: PG. 151. 178).

Por tanto, con razón, en la liturgia con que la Iglesia oriental celebra las alabanzas de la Virgen, ha puesto de relieve el cántico que la hermana de Moisés, María, eleva al paso del Mar Rojo, como para indicar que la Virgen ha sido la primera en atravesar las aguas del pecado a la cabeza del nuevo Pueblo de Dios, liberado por Cristo.

María es la primicia y la imagen más perfecta de la Iglesia: «La parte más noble, la parte mejor, la parte más importante, la parte más selecta» (Ruperto, In Apoc. I, VII, 12). «Asociada a todos los hombres necesitados de salvación», proclama también el Vaticano II, Ella ha sido redimida «de modo



eminente, en previsión de los méritos de su Hijo» (Lumen gentium, 53). Por lo tanto, María se presenta a todo creyente como la criatura toda pura, toda hermosa, toda santa, capaz de «ser Iglesia» como ninguna otra criatura lo será nunca aquí abajo.

5. También nosotros hoy miramos a

María como a nuestro modelo. La miramos para aprender a construir la Iglesia a ejemplo suyo. Para este fin sabemos que debemos, ante todo, progresar bajo su guía en el ejercicio de la fe. María vivió su fe en una actitud de profundización continua y de descubrimiento progresivo, pasando a través de momentos difíciles de tinieblas, ya desde los primeros días de su maternidad (cf. Mt 1, 18 ss.), momentos que superó gracias a una actitud responsable de escucha y de obediencia a la Palabra de Dios. También nosotros debemos realizar todo esfuerzo para profundizar y consolidar nuestra fe «escuchan-



do, acogiendo, proclamando, venerando la Palabra de Dios, escudriñando a su luz los signos de los tiempos e interpretando y viviendo los acontecimientos de la historia» (cf. Pablo VI, Exhort. Apost. *Marialis cultus*, 17; Pablo VI: Enseñanzas al Pueblo de Dios, 1974, pág. 454).

María está ante nosotros como ejemplo de valiente esperanza y de caridad operante: Ella caminó en la esperanza, pasando con dócil prontitud de la esperanza judaica a la esperanza cristiana, y actuó la caridad, acogiendo en sí sus exigencias hasta la donación más completa y el sacrificio más grande. A ejemplo suyo, también nosotros debemos permanecer firmes en la esperanza aun cuando nubarrones tempestuosos se agolpen sobre la Iglesia, que avanza como nave entre las olas, no raramente hostiles, de las vicisitudes humanas; también nosotros debemos crecer en



la caridad, cultivando la humildad, la pobreza, la disponibilidad, la capacidad de escucha y de condescendencia en adhesión a cuanto Ella nos ha enseñado con el testimonio de toda su vida.

7. Especialmente queremos comprometernos hoy a una cosa a los pies de esta nuestra Madre común: nos comprometemos a llevar adelante, con toda nuestra energía y en actitud de total disponibilidad a las mociones del Espíritu, el camino hacia la perfecta unidad de todos los cristianos. Bajo su mirada materna estamos prontos a reconocer nuestras recíprocas culpas, nuestros egoísmos, nuestras morosidades: Ella ha engendrado un Hijo único, nosotros por desgracia se lo presentamos dividido. Este es un hecho que nos produce malestar y pena: el malestar y la pena que expresaba mi predecesor de venerada memoria, el Papa Pablo VI, en las palabras iniciales del «Breve» con el que abrogaba la excomunión, pronunciada tantos siglos atrás, contra la Sede de Constantinopla: «Pensamos nosotros, que llevamos el nombre de cristianos como recuerdo del Salvador, en la exhortación del Apóstol de las Gentes: Vivid en la caridad como Cristo nos amó (Ef 5, 2). Por ella nos sentimos movidos especialmente en estos tiempos, que con más instancia nos urgen a dilatar los horizontes de la caridad» (7 de diciembre de 1965).

Mucho camino se ha andado desde aquel día; sin embargo quedan todavía otros pasos que dar. Confiamos a María el sincero propósito de no descansar hasta que se llegue felizmente a la meta. Nos parece oír de sus labios las palabras del Apóstol: «no haya contiendas, envidias, iras, ambiciones, detracciones, murmuraciones, engreimientos, sediciones» (2 Cor 12, 20). Acojamos con corazón abierto esta advertencia suya maternal y pidámosle que esté junto a nosotros para guiarnos, con mano dulce pero firme, en los caminos de la comprensión fraterna plena y duradera. Así se cumplirá el deseo supremo, pronunciado por su Hijo en el momento en que estaba para derramar su sangre por nuestro rescate: «que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros, y el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17, 21). ■

San Juan Pablo II
HOMILÍA EN LA CASA DE LA VIRGEN
Efeso, viernes 30 de noviembre de 1979



Calendario de Vigilias de la Sección de Madrid

Septiembre 2016

TURNO	SEPTIEMBRE	IGLESIA	DIRECCIÓN	TELÉFONO	HORA DE COMIENZO
1	17	Santa María del Pilar	Reyes Magos 3	915 748 120	22:30
2	10	Santísimo Cristo de la Victoria	Blasco de Garay 33	915 432 051	23:00
3	12	La Concepción	Goya 26	915 770 211	22:30
4	2	San Felipe Neri	Antonio Arias 17	915 737 272	22:30
5	16	María Auxiliadora	Ronda de Atocha 27	915 304 100	21:00
6	26	Basílica La Milagrosa	García de Paredes 45	914 473 249	22:30
7	22	Basílica La Milagrosa	García de Paredes 45	914 473 249	21:45
10	9	Santa Rita	Gaztambide 75	915 901 133	21:30
11	30	Espíritu Santo y Ntra. Sra. de la Araucana	Puerto Rico 29	914 579 965	21:45
12	29	Ntra. Madre del Dolor	Avda. de los Toreros 45	917 256 272	21:00
13	3	Purísimo Corazón de María	Embajadores 81	915 274 784	21:00
14	9	San Hermenegildo	Fósforo 4	913 662 971	21:30
15	10	San Vicente de Paul	Plaza San Vicente de Paul 1	915 693 818	22:00
16	11	San Antonio	Bravo Murillo 150	915 346 407	21:00
17	12	San Roque	Abolengo 10	914 616 128	21:00
18	9	San Ginés	Arenal 13	913 664 875	21:00
19	23	Inmaculado Corazón de María	Ferraz 74	917 589 530	21:00
20	2	Ntra. Sra. de las Nieves	Nuria 47	917 345 210	22:00
22	10	Virgen de la Nueva	Calanda s/n	913 002 127	21:00
23	2	Santa Gema Galgani	Leizarán 24	915 635 068	22:30
24	2	San Juan Evangelista	Plaza Venecia 1	917 269 603	21:00
25	24	Virgen del Coro	Virgen de la Alegría s/n	914 045 391	22:00
28	2	Ntra. Sra. del Stmo. Sacramento	Clara del Rey 38	914 156 077	21:00
29	9	Santa María Magdalena	Drácena 23	914 574 938	22:00
31	2	Santa María Micaela	General Yagüe 23	915 794 269	21:00
32	29	Nuestra Madre del Dolor	Avda. de los Toreros 45	917 256 272	21:00
33	1	San Germán	General Yagüe 26	915 554 656	21:30
35	30	Santa María del Bosque	Manuel Uribe 1	913 000 646	22:00
36	17	San Matias	Plaza de la Iglesia 1	917 631 662	22:00
37	14	HH. Oblatas de Cristo Sacerdote	General Aranzaz 22	913 207 161	22:00
38	23	Ntra. Sra. de la Luz	Fernán Núñez 4	913 504 574	22:00
39	2	San Jenaro	Vital Aza 81 A	913 672 238	
40	9	San Alberto Magno	Benjamín Palencia 9	917 782 018	22:00
41	9	Virgen del Refugio y Santa Lucia	Manresa 60	917 342 045	22:00
42	2	San Jaime Apóstol	José Martínez Seco 54	917 979 535	21:30
43	2	San Sebastián Mártir	Plaza de la Parroquia 1	914 628 536	22:00
44	23	Santa María Madre de la Iglesia	Gómez de Arce 30	915 082 374	22:00
45	16	San Fulgencio y San Bernardo	San Illán 9	915 690 055	22:00
46	2	Santa Florentina	Longares 8	913 133 663	22:00
47	9	Inmaculada Concepción	El Pardo	913 760 055	21:00
48	9	Ntra. Sra. del Buen Suceso	Princesa 43	915 482 245	21:30
49	16	San Valentín y San Casimiro	Villajimena 75	913 718 941	22:00
50	9	Santa Teresa Benedicta de la Cruz	Senda del Infante 20	913 763 479	21:00
51	10	Santísimo Sacramento	Alcalde Sainz de Baranda 3	915 733 204	21:00
52	1	Bautismo del Señor	Gavilanes 11	913 731 815	22:00
53	2	Santa Catalina de Siena	Juan de Urbietta 57	915 512 507	22:00
54	9	Santa María del Pinar	Jazmín 7	913 024 071	22:00
55	30	Santiago El Mayor	Santa Cruz de Marcenado 11	915 426 582	21:00
56	15	San Fernando	Alberto Alcocer 9	913 500 841	21:00
57	3	San Romualdo	Azcao 30	913 675 135	21:00
58	26	Ntra.Sra. de las Maravillas y Santos Justo y Pastor	Plaza Dos de Mayo 11	915 217 925	22:00
59	2	Santa Catalina Labouré	Arroyo de Opañel 29	914 699 179	21:00
60	19	Santa María de Cervellón	Belisana 2	913 002 902	
61	3	Ntra. Sra. del Consuelo	Cleopatra 13	917 783 554	22:00
62	14	San Jerónimo el Real	Moreto 4	914 203 078	21:00



Calendario de Vigilias de la Sección de Madrid

Septiembre 2016

TURNO	SEPTIEMBRE	IGLESIA	DIRECCIÓN	TÉLEFONO	HORA DE COMIENZO
63	9	San Gabriel de la Dolorosa	Arte 4	913 020 607	22:00
64	16	Santiago y San Juan Bautista	Santiago 24	915 480 824	21:00
65	9	Ntra. Sra. de los Álamos	León Felipe 1	913 801 819	21:00
66	17	Ntra. Sra. del Buen Consejo (Colegiata S Isidro)	Toledo 37	913 692 037	21:00
67	23	San Martín de Porres	Abarzuza s/n	913 820 494	21:00
68	2	Ntra. Sra. de la Misericordia	Arroyo del Olivar 100	917 773 597	21:30
69	16	Virgen de los Llanos	Plaza Virgen de los Llanos 1	917 058 471	21:00
70	16	San Ramón Nonato	Melquíades Biencinto 10	914 339 301	21:00
71	16	Santa Beatriz	Concejal Francisco José Jimenez Martín 130	914 647 066	21:00
72	9	Santa Casilda	Parador del Sol 10	915 691 090	21:00

Calendario de Vigilias de las Secciones de la Diócesis de Madrid

SECCIÓN	SEPTIEMBRE	IGLESIA	DIRECCIÓN	TÉLEFONO	HORA DE COMIENZO
Fuencarral	3	San Miguel Arcángel	Islas Bermudas	917 340 692	21:30
Tetuán de las Victorias	9	Ntra. Sra. de las Victorias	Azucenas 34	915 791 418	21:00
Pozuelo de Alarcón T I	23	Asunción de Ntra. Sra.	Iglesia 1	913 520 582	22:00
Santa Cristina T I y II	10	Santa Cristina	Paseo Extremadura 32	914 644 970	
Santa Cristina T VI	24	Crucifixión del Señor	Cuart de Poblet 6 y 8	914 654 789	
Ciudad Lineal	17	Ntra. Sra. de la Concepción	Arturo Soria 5	913 674 016	21:00
Campamento T I y II	23	Ntra. Sra. del Pilar	Plaza Patricio Martínez s/n	913 263 404	21:30
Fátima	10	Ntra. Sra. del Rosario de Fátima	Alcalá 292	913 263 404	20:00
Vallecas	23	San Pedro Advíncula	Sierra Gorda 5	913 311 212	23:00
Alcobendas T I	2	San Pedro	Plaza Felipe Alvarez Gadea 2	916 521 202	22:30
Alcobendas T II	17	San Lesmes Abad	Paseo La Chopera 50	916 620 432	22:30
Mingorrubio	8	San Juan Bautista	Regimiento	913 760 141	21:00
Pinar del Rey T I	3	San Isidoro y San Pedro Claver	Balaguer s/n	913 831 443	22:00
Pinar del Rey T II	16	San Isidoro y San Pedro Claver	Balaguer s/n	913 831 443	22:00
Ciudad de los Ángeles	17	San Pedro Nolasco	Doña Francisquita 27	913 176 204	22:30
Las Rozas T I	9	La Visitación de Ntra. Sra.	Comunidad de Murcia 1	916 344 353	22:00
Las Rozas T II	16	San Miguel Arcángel	Cándido Vicente 7	916 377 584	21:00
Las Rozas T III	2	San José (Las Matas)	Amadeo Vives 31	916 303 700	21:00
Peñagrande	16	San Rafael Arcángel	Islas Saipán 35	913 739 400	21:00
San Lorenzo de El Escorial	17	San Lorenzo Martir	Medinaceli 21	918 905 424	22:30
Majadahonda	2	Santa María	Avda. España 47	916 340 928	21:30
Tres Cantos	17	Santa Teresa	Sector Pintores 11	918 031 858	22:30
La Navata	16	San Antonio	La Navata	918 582 809	22:30
La Moraleja	30	Ntra. Sra. de la Moraleja	Nardo 44	916 615 440	22:00
San Sebastián de los Reyes	9	Ntra. Sra. de Valvanera	Avda. Miguel Ruiz Felguera 4	916 524 648	21:00
Collado Villalba	3	Ntra. Sra. del Enebral	Libertad 44	918 500 282	21:30
Villanueva del Pardillo	16	San Lucas Evangelista	Plaza de Mister Lodge 2	918 150 712	21:00
Turnos en preparación					
Secc. Madrid	2	Ntra. Sra. de la Merced	Corregidor Juan Francisco de Luján 101	917 739 829	21:00
Secc. Madrid	9	Patrocinio de San José	Pedro Laborde 78	917 774 399	21:00
Secc. Madrid	16	San Ricardo	Gaztambide 21	914 432 291	20:00
Secc. Madrid	2	Santa María del Pozo y Santa Marta	Montánchez 13	917 861 189	21:00
Secc. Madrid	9	Nuestra Señora del Cortijo	Avenida Manoterías S/N	917 663 081	21:00
Secc. Pozuelo TII	8	Casa Ejercicios Cristo Rey	Cañada de las Carreras Oeste 2	913 520 968	21:30



Todos los lunes: EXPOSICIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO Y ADORACIÓN. Desde la 17:30 hasta las 19:30 horas

Todos los jueves: SANTA MISA, EXPOSICIÓN DE S.D.M. Y ADORACIÓN. 19:30 horas

Mes de septiembre de 2016

Día 1	Secc. de Madrid	Turno 41	Ntra. Sra. del Refugio y Sta. Lucia
Día 8	Secc. de Madrid	Turno 42	San Jaime Apóstol
Día 15	Secc. de Madrid	Turno 43	San Sebastián Mártir
Día 22	Secc. de Peñagrande	Turno 1	San Rafael
Día 29	Secc. de San Lorenzo de El Escorial	Turno 1	San Lorenzo

Lunes, días: 5, 12, 19 y 26.

Mes de octubre de 2016

Día 6	Secc. de Madrid	Turno 45	San Fulgencio y San Bernardo
Día 13	Secc. de Madrid	Turno 46	Santa Florentina
Día 20	Secc. de Madrid	Turno 47	Inmaculada Concepción de El Pardo
Día 27	Secc. de Majadahonda	Turno 1	Santa María

Lunes, días: 3, 10, 17, 24 y 31.

Rezo del Manual para el mes de septiembre 2016

Esquema del Domingo I	del 17 al 23	pág. 47
Esquema del Domingo II	del día 1 al 2 y del 24 al 30	pág. 87
Esquema del Domingo III	del día 3 al 9	pág. 131
Esquema del Domingo IV	del día 10 al 16	pág. 171

Las antífonas corresponden al Tiempo Ordinario.





**SOLEMNE VIGILIA EN HONOR DE SAN PASCUAL BAILÓN
E INAUGURACIÓN DEL CURSO ADORADOR**

17 de septiembre de 2016

Parroquia de Nuestra Señora del Buen Suceso

(Colegiata de San Isidro)

Calle Toledo, 3

OS ESPERAMOS A TODOS